

## **HB o el miedo es el mensaje**

(*Diario de Noticias*, 29. 08. 1997)

Salvo su cuadrilla, a las gentes de ETA y Herri Batasuna todos les estamos pidiendo cuentas por sus fechorías. Ya pueden hacer oídos sordos, que, como resulta obligado entre seres racionales, tarde o temprano tendrán que dar razones de sus actos, de sus palabras y hasta de sus silencios. Seguro que a ello les emplaza asimismo su conciencia, a la que no podrán mentir: hay demasiadas barbaridades cometidas o consentidas como para esperar tranquilos su dictamen. Pero es la tranquilidad pública, y no sus conflictos íntimos, lo que como conciudadanos debe interesarnos.

Tras la amenaza de muerte recibida, también Joaquín Pascal les insta a pronunciarse ante la ciudadanía. Lo pide él y lo exigimos nosotros, pues la amenaza a un representante público es una amenaza expresa a todos los representados. Les pedimos que emitan un juicio moral sobre este hecho gravísimo y, si se avienen a condenarlo, que tengan el coraje de sacar sin falta todas sus inevitables lecciones políticas; de no hacerlo, nos tocará reafirmar una vez más las nuestras. Y lo pedimos, en particular, a los señores Zabaleta y Petri: al uno, porque se ha destacado en ocasiones por su distancia crítica frente a la sanguinaria trayectoria de ETA; al otro, como compañero de tareas municipales e incluso amigo del destinatario.

¿Merecerá la pena repasar ese torpe balbuceo que de momento les ha servido de réplica? Viene primero el argumento *ad hominem*, o sea, el *tú también* y el *tú más*, en donde todo cabe y se justifica todo. A la mirada aviesa e ignorante sobre lo político le basta sorprender cualquier supuesto defecto del enemigo o de lo que encarna para maquinarse contra él las peores iniquidades. ¿Que no se debe matar? Oiga, ¿y qué me dice usted de los crímenes de Montejurra y los GAL, de las trapisondas de Urralburu o del elevado índice de paro? Y de la suspensión temporal de los Sanfermines y de las plazas escolares en euskera, ¿qué? Igual que se confunden diversos niveles de responsabilidad a fin de justificar lo malo con lo peor, se entremezclan los planos más dispares de lo político... para legitimar el instrumento antipolítico por excelencia: la fuerza bruta. Se señalan los innegables vicios de la democracia presente, no porque se persiga una democracia más perfecta, sino para derribar de un manotazo los presupuestos mismos de la democracia.

El atribulado concejal Petri explica su permanencia en Herri Batasuna desde la rica pluralidad de opciones que alberga esta coalición. ¿A qué pluralismo se refiere? ¿Al que se da entre los autores de las pintadas y los lanzadores de cócteles, entre los redactores de la ponencia *Otzadar* y los que la aplican, entre los partidarios de amedrentar a los *ertzainas* o a los periodistas y los que prefieren más bien tramarla con los cargos públicos y los profesores? ¿Acaso existe variedad ideológica entre su Mesa y los comensales, entre los abogados y los reclusos, entre los soldados y los mediadores? Eso no es pluralismo, sino simple división del trabajo, y de un trabajo siniestro. Tampoco su hermano mayor, ETA, lo permitiría: el borroso proyecto de autodeterminación popular prohíbe cualquier veleidad de autodeterminación individual.

Si no estuviéramos ante una tragedia, su rechazo indignado de ser los inspiradores de la misiva de marras sonaría a pura farsa. Cuando anuncian su recurso por calumnia ante los tribunales, no se sabe qué admirar más: su confianza en la Justicia española o su notoria impotencia para defenderse con razones de tan razonable sospecha. Hasta el menos enterado de los ciudadanos reconoce en aquel texto lo que ellos no parecen reconocer: sus mismas creencias, sus propias palabras, idéntica tararira. Resulta comprensible que, a estas almas más refinadas que las de sus colegas, el espejo y la imagen que refleja no les guste, pero ése es su espejo y ésa su imagen. ¿Que por lo bajo reniegan de los discípulos y de la fiel infantería? A estas alturas no hay quien ignore que ellos son sus maestros y sus coroneles.

Y la mayor vileza (¿o puede llamarse de otro modo?) la ha cometido Zabaleta cuando endilga la autoría del texto amenazante al propio partido del amenazado. Tamaña infamia cuenta en la historia con sonados precedentes: tal vez recuerden a aquel emperador que culpó a los cristianos de la quema de Roma o a la bestia más feroz de nuestra época que descargó su responsabilidad en el incendio del Reichstag sobre los judíos. Todo vale para atizar la persecución y no hay peor persecución que la emprendida por la víctima, real o - como en este caso- presunta, cuando considera llegada la hora de su venganza. Quien se tiene por víctima se cree con derecho a convertir a los demás en sus víctimas; su sufrimiento, real o ficticio, le parece razón suficiente para infligir dolor al resto sin que nadie deba reprochárselo. En el colmo de su delirio, presenta al sacrificado como autor de su sacrificio, como complacido verdugo de sí mismo.

Pero, se excusen como se excusen, conocemos la raíz de tantas argucias. Es esa rabiosa impotencia que Zabaleta se apresura a achacar al Gobierno español, pero que se

aplica mucho mejor al mundo de los suyos: “la mayor debilidad política es la del fascista que no es capaz de sostener un debate y por ello trata de anular a los adversarios” (EGIN, 13. 8. 97). Es también su incapacidad para mirar de frente la barbarie política y moral a que se ven abocados. Es asimismo su terca resistencia a admitir que no hay causa digna de los crímenes de sus conmitones, a confesar que su actividad política se ha equivocado en unos fines y en unos medios que la mayoría hace tiempo repudia. Es, en fin, su temor de quedarse a la intemperie en cuanto se alejen unos pasos de la Herriko Taberna. Nuestros protagonistas son aprendices de brujo que han perdido el control sobre sus monstruosas criaturas y no sólo no se atreven a plantarles cara, sino que disuaden a todo el que pretenda atajar sus desmanes.

Pero si a regañadientes y como de tapadillo casi condenan esos desmanes, que no se contradigan enseguida desechando la intervención policial para impedirlos, porque ésta y la paralela judicial serán los requisitos previos de una verdadera solución política. Si no comparten aquella práctica brutal, tendrán primero que renunciar a los brutales argumentos que la impulsan, en lugar de disculparlos bajo el manto de una libertad de expresión que se negaría a sí misma si los acogiera. Que no deploren tan sólo la puesta de este hombre bajo o de aquella buena persona bajo el punto de mira del pistolero, porque todos sus blancos son igual de inocentes. Ya no pueden fingir que comprenden la angustia del perseguido y el disparate de su persecución, mientras no renuncien a formar parte del pelotón de los perseguidores.

Esa tarea de poner una vela a Dios y otra al diablo ya la ha intentado Zabaleta al menos desde 1988 (véase su entrevista en EL GLOBO, nº 36), pero es de suponer que no engaña ni a uno ni a otro. El mismo que confiesa que HB “significa una pervivencia de las ideas de ETA” y censura su sometimiento a la organización militar, afirma tan campante que “uno de los modos más serios de luchar contra la actual confrontación civil... es estar en HB”. Quien demanda la liberación del empresario Revilla, añade sin embargo que su secuestro tiene como objetivo el “ejemplificar [sic] a otros”. Si ante los asesinatos de entonces consideraba que “su valoración ética es difícil de abordar”, su última revelación (*El País*, 3. 8. 97) consiste en distinguir entre una ética conservadora o “del pecado” y otra progresista... que, por lo visto, ya no se ocupa del bien ni del mal. ¿No será que estamos ante un practicante de la doble moral, una para casa y otra de puertas afuera, la una para tratar con el verdugo y la otra con su víctima?

Así que no pueden solicitar respeto a sus ideas los que difunden ideas que no respetan a las personas, ni demandar tolerancia quienes incitan a hechos y dichos intolerantes. Aún están a tiempo de obtener clemencia para sí y los suyos, con tal de que pidan perdón. Pero tal vez llegue pronto el día en que hasta sus propios hijos les negarán la comprensión que ahora reclaman.

Porque el resultado que ellos han contribuido como nadie a traer a esta tierra está a la vista: la perversión de la conciencia de muchos, la degradación de la vida pública de todos. Si fuesen de izquierdas, como se ufanan, hubieran promovido las condiciones de la felicidad individual y la justicia colectiva. Como propagandistas y cómplices de un terrorismo atroz, sólo han logrado instaurar el miedo y sus terribles secuelas. Tan *normal* han vuelto la amenaza y su cumplimiento, que incluso la que fuera obra de un demente aislado debe atribuirse a ellos, y no a otro origen, y temerse con sobrado fundamento. Se han empeñado en meternos en ese estado prepolítico en el que no hay más norma ni derecho que los que cada cual se arrogan por la brava. En suma, han roto el contrato civil básico y han dejado a buena parte de la generación joven en el vacío.

¿Es que se puede convivir con quien desea la muerte del adversario, o sostiene las ideas que la justifican, o resulta amigo de los dispuestos a ejecutarla?. La política ofrece un campo ilimitado para la colaboración o la discrepancia ciudadanas. Pero sólo comienza a partir de un umbral mínimo, de un acuerdo universal y sin reservas: el *no matarás* . Este es el primer mandamiento de la ley humana; mejor dicho, el mandamiento que hace posible la ley y, con ella, nuestra humanidad. ¿Lo entendéis?, ¿de verdad que lo entendéis?

